

goza, en Cartago, en Alejandría, en Antioquía, en Esmirna, en Jerusalem; durante la mitad de su curso, el sol ha alumbrado la carnicería de los cristianos: no podría figurarse el furor de que sus enemigos estaban animados contra ellos. Los suplicios parciales no les bastan; ellos matan en conjunto. Numerosas víctimas de toda edad y sexo, eran arrojadas en monton en enormes hogueras, ó metidas en barcas para ser precipitadas en el fondo del mar. En Frigia una ciudad entera con sus habitantes, su gobernador y sus magistrados fué entregada á las llamas.¹ En Leon, como todavía lo recuerda una inscripcion antigua, diez y nueve mil personas fueron asesinadas con el obispo San Ireneo. En otra ocasion se destruyó á una legion entera; y los senadores, los magistrados, los filósofos hacian la apología de estos crímenes. El jurisconsulto Ulpino, prefecto de Roma, en una obra intitulada: *El Deber del procónsul*, tuvo aun el triste valor de recopilar los rescriptos de los emperadores contra los cristianos á fin de que el procónsul conociese bien los diversos géneros de suplicios con que debía castigar á los que profesaban esta religion.

¡Cosa mas horrible todavía! este furor no fué el frenesí de un momento, el resultado pasajero de la exaltacion del odio; ¡él duró por espacio de tres siglos!... El desterrado de Pathmos, habia entrevisto en su vision apocalíptica á una mujer sentada sobre una bestia color de escarlata, llena de nombres blasfemos, y cuyo monstruo tenia siete cabezas y diez cuernos. Estas siete cabezas eran las siete colinas sobre las cuales la mujer (Roma) estaba sentada; y los diez cuernos diez reyes que tenian todos el designio de combatir al Cordero y dar á Satanás su autoridad y su poder.² Sin contar una multitud de acciones particulares, el cristianismo tuvo que sostener contra estos diez reyes, diez grandes batallas generales. Neron, cuyo solo nombre recuerda la infamia uni-

1 Eusebio, *Hist. eccles.*, 1, 8.

2 Lact., *Div. inst.*, 1, 8.

da al mas tiránico despotismo, era digno de comenzar el ataque contra la santa libertad de las almas. Él derribó al primer golpe, la cabeza y el brazo de la Iglesia: San Pedro fué crucificado y San Pablo decapitado; pero esta cabeza y este brazo no eran mas que instrumentos de Cristo, que, una vez resucitado, no muere ya y que vuelve á manifestarse en una encarnacion nueva. Desde entonces los cristianos debieron permanecer constantemente sobre las armas; y escepto algunos raros y cortos intervalos tuvieron que sufrir constantemente la temible prueba de la persecucion. Apenas podian respirar tranquilos y adorar la cruz con libertad en el fondo de las catacumbas. Domiciano volvió á empezar la obra de Neron; Trajano, cuya clemencia encarece la historia, y el sabio Marco Aurelio la continuaron. No obstante estos esfuerzos de un poder violento y cruelmente feroz, la cruz estendia sus conquistas en Oriente y en Occidente. Ella se adelantaba hasta los paises impenetrables á los ejércitos romanos, y hasta las islas mas desconocidas. De la sangre de sus hijos salian gérmenes fecundos. La tiranía se exasperaba. Severo, Maximino, Decio, Valeriano y Aureliano hicieron correr á torrentes esa sangre aborrecida; Dioclesiano y Maximiano inundaron la tierra, y la época de su reinado fué justamente llamada: *la era de los mártires*.

Oigamos ahora á algunos autores contemporáneos sobre las facces principales de estas persecuciones. "Neron, dice Tácito, á fin de sofocar la acusacion sobre el incendio de Roma que pesaba sobre él, sustituyó culpables y castigó con los suplicios mas refinados á los que el pueblo llamaba cristianos. Este nombre venia de Cristo, á quien Poncio Pilato habia hecho ajusticiar en Judea bajo el reinado de Tiberio. Se castigaba al principio á los que confesaron, y en seguida á una *gran multitud* que se descubria por la confesion de los primeros, pero á los que se habia convencido menos del crimen de incendio que de odio al género humano. Se hizo de la muerte de estos un espectáculo de diversion: cubiertos unos

con pieles de animales fueron devorados por los perros; á otros se les untaba el cuerpo de una resina y se les ponía fuego para que sirviesen de antorchas durante la noche. Nerón prestó sus jardines para este espectáculo y se presentó él mismo en traje de cochero y montado sobre un carro como en los juegos del circo.”¹ Plinio en su famosa carta nos suministra un precioso testimonio de la inocencia de los cristianos, esponiendo á Trajano sus escrúpulos y su terror por haber condenado á una multitud innumerable de hombres, á quienes no se podía acusar de ningún crimen, y confesando las violencias que había ejercido injustamente contra ellos. “Yo les he preguntado si eran cristianos, decía él, á los que lo habían confesado; les he preguntado segunda y tercera vez amenazándoles con el suplicio; y habiendo persistido, los he enviado á morir; porque cualquiera que fuese lo que confesasen debía castigarse en ellos su desobediencia y su invencible obstinacion. He creído necesario arrancar la vida por la fuerza de los tormentos á las jóvenes esclavas que decían estar en el ministerio de su culto. El negocio me ha parecido digno de vuestras reflexiones, por la multitud de los que están comprendidos en este peligro; porque *un número muy grande de personas de toda edad, condicion y sexo* serán implicadas todos los dias en esta acusacion.”² ¿Qué responde Trajano? “No es necesario buscarlos; pero si son acusados y convencidos de ser cristianos debe castigárseles con la pena de muerte.” Él mismo dió el ejemplo, interrogando y condenando á ser entregado á las fieras á San Ignacio obispo de Antioquía.

Los apologistas cristianos refieren también los excesos de la persecucion. “El pueblo nos apedrea frecuentemente, dice Tertuliano; nos quema nuestras casas. En el furor de las bacanales no se perdona ni aun á los muertos: se les saca de

¹ Anales, 1, 5.
² Epíst. 10, 10.

sus sepulcros y se les hace trizas.”¹ “Vosotros despojais, reducís á prision y cargais de cadenas á los inocentes, dice San Cipriano al procónsul de Africa; los entregais implacablemente á las fieras, á las llamas, al hierro de los verdugos; afectais prolongar sus suplicios y una ingeniosa barbarie inventa todos los dias nuevos tormentos. ¿Por qué esta rabia insaciable? ¿De dónde viene ese exceso de crueldad que os enajena?...”² Eusebio escribe, acerca de la décima persecucion diciendo que es imposible enumerar la multitud de mártires que hubo en todas partes; y Lactancio, espresa que “la tierra estaba cruelmente atormentada, y que á escepcion de las Galias, el Oriente y el Occidente habían sido asolados y devorados por tres monstruos.”³ Pero sobre todo en las actas sinceras de los mártires, esos procesos verbales escritos por estenógrafos durante los interrogatorios y las persecuciones, es donde puede encontrarse una idea exacta de los suplicios infligidos á los cristianos. Los detalles son verdaderamente horribles.

De este modo se desplegó la fuerza material durante trescientos años para aniquilar la fuerza moral nacida del cristianismo; pero lejos de conseguir su objeto no hizo mas que suministrar ocasion de que se manifestase en el mundo con mayor brillo. En efecto, ¿cuántos héroes sublimes no ha producido! ¿Cuántos dignos sucesores de los apóstoles como los Ignacios, los Policarpas, los Ireneos, los Fabianos, los Ciprianos, los Dionisios, los Mauricios y tantos otros! ¿Qué admirable valor el de las dos esclavas Blandina y Potamiana y el de las jóvenes Felícitas y Perpétua! ¿Qué heroísmo el de esos soldados que deponen sus armas y se dejan matar mas bien que renegar un punto de su fé! La madre de Sinfiriano alienta ella misma á su hijo todavía adolescente que vuela al martirio; y un niño, Cirilo de Cesarea, resiste á las amenazas y á

¹ Tertuliano, *Apolog.*

² Epíst. á Demetrio.

³ *Hist. eccles.*, 1, 8; *De mort. pers.*, cap. 16.

las caricias de sus jueces, al aparato terrible de los suplicios, y marcha á la muerte sin perder nada de su constancia. Es de notar cómo muchos de los mismos paganos poseidos de admiración por esta fuerza divina y convertidos repentinamente esclaman en pleno anfiteatro: *¡Qué grande es el Dios de los cristianos!* Ningun poder humano era capaz de conmover á los mártires. La gracia de Dios los sostenía evidentemente, y el carácter de su resolución la hacia incontestable. Ellos no eran fanáticos; el frenesí del fanatismo, menos que ningun otro, no puede durar siglos. Ellos morían libremente, no por una teoría vaga é incierta, sino por hechos materiales que atestiguaban ó reconocían; por el Dios á quien ya habían hecho el sacrificio de sus más imperiosas inclinaciones para entregarse á la práctica de las más severas virtudes; y esta fé, basada sobre hechos visibles, les quitaba toda incertidumbre, los llenaba no solamente de seguridad, sino que esparcía en su alma la calma, la alegría, la serenidad de una conciencia en paz consigo misma; ella los distinguía de todos aquellos que sufren con obstinación por una doctrina sin fundamento; los hacia mártires en toda la fuerza de la palabra, y al mismo tiempo testigos irrecusables. "Los cristianos, dice Orígenes, son los únicos acusados á quienes los magistrados dejarían vivir tranquilos, si quisiesen abjurar su religión, ofrecer sacrificios, y hacer los juramentos acostumbrados." ¹ El grande apologista habría podido añadir: que ellos eran los únicos mártires que pudiéndolo hacer eficazmente, no habían pensado en tomar las armas para vengarse de las injusticias y de las crueldades inauditas de que eran víctimas. Aun cuando fuesen más numerosos que ninguna de las naciones que hacían la guerra á los romanos, aun cuando hubiesen podido colocar un enorme peso en la balanza de los destinos del imperio, lejos de querer escitar sediciones y revueltas, fueron los únicos que no tramaron jamás

¹ Contr. Cels., 1, 2.

conspiraciones contra los Neronés, los Domicianos, los Comodos y tantos otros tiranos que horrorizaban al mundo con sus crímenes y de quienes ellos tenían tanto que quejarse. "¿Qué hemos hecho nosotros para vengarnos de vuestras injusticias? esclama Tertuliano. ¿Si quisiéramos hacerlos una guerra abierta nos faltarian fuerzas y tropas? No somos más que de ayer, y ya llenamos vuestras ciudades, vuestros castillos, vuestras aldeas, vuestros campos, el palacio, el senado, el foro y no os hemos dejado sino vuestros templos. ¿No seríamos más aptos para la guerra, aun con fuerzas desiguales, nosotros que no tememos la muerte, si no fuese una de nuestras máximas sufrirla más bien que darla? Bastaría aún, para vengarnos de vosotros, el abandonaros retirándonos fuera del imperio: quedaríais espantados de vuestra soledad." ¹

Durante casi un siglo, los cristianos, á ejemplo de su Divino Maestro que se entregó sin resistencia á sus verdugos, sufrieron todos los padecimientos de su proscripción sin abrir siquiera la boca para defenderse: sus buenas obras eran su única justificación: tenían siempre presente lo que Él les había dicho: "Poseed en paz vuestras almas por la paciencia; no temais á los que no pueden matar sino los cuerpos; y había añadido: el que no se defiende sino con el hierro, por el hierro perecerá." Todas estas verdades debían irse cumpliendo alternativamente. Desde la primera persecución en tiempo de Neron se habían grabado medallas en honor suyo por haber purgado la tierra de nuevas supersticiones, y tres siglos después el poder material se veía obligado á recurrir á violencias desesperadas contra esa misma superstición. Es verdad que todavía en esta vez el tirano se creyó vencedor, y que en el bronce de las medallas se consignó de nuevo á las edades futuras la extinción del nombre cristiano. Pero los hijos de la cruz habían manifestado bastante paciencia, su nú-

¹ Tertuliano.

mero había sido diezmado frecuentemente, y siempre ellos habían probado en todas ocasiones que podían existir bajo el hierro y el fuego de sus enemigos: iba á llegar el tiempo en que la espada debía romper la espada. La cruz se apareció á un jóven conquistador y le prometió la victoria. "En el puente Milvius, dice Mr. Chateaubriand, á las orillas del Tiber y á la vista del Capitolio, dos religiones y dos mundos se encontraron frente á frente y con las armas en la mano. Maxencio interrogó los libros de las Sybilas, sacrificó leones, hizo abrir el vientre á las mujeres embarazadas para escudriñar los augurios en el seno de los niños arrancados de las entrañas de sus madres; entretanto Constantino en su campo se contentaba con decir lo que se grabó sobre su arco de triunfo, y que él alcanzaba por el impulso de la Divinidad y la grandeza de su genio. Las antiguas divinidades del Janículo, colocaron en derredor de sus altares á las legiones que habían enviado á la conquista del universo. Enfrente de estos soldados estaban los de Cristo. El *labarum* dominó á las águilas, y la tierra de Saturno vió reinar al que predicó sobre la montaña: el tiempo y el género humano habían dado un paso." ¹ Digamos nosotros mas: una revolucion radical se había realizado; el Calvario había vencido al Capitolio, los antiguos oráculos recibían su sancion; el Oriente prevalecía; el Cristo había arrancado el cetro del mundo á Satanás.

¹ Estudios, hist., tom., 1.

CAPITULO XXII.

Combates de la Cruz contra la fuerza intelectual.

Al mismo tiempo que la cruz resistía los rudos asaltos de la fuerza material, la fuerza intelectual, por su lado, la batía en brecha vivamente. En la antigüedad, careciendo, como hemos visto, la fuerza intelectual de una direccion justa y de una contraprueba cierta que le sirviese de punto de apoyo, no había sido poderosa sino para disolver y destruir en el órden moral. Ella tenía el secreto de este poder mortal, y cuando la cruz apareció, encontró en ella una enemiga que no resistiría mucho tiempo á sus esfuerzos conjurados. El judaismo, la idolatría y la filosofía concertaron su ataque é hicieron caer sobre la cruz una lluvia de dardos. Así como sucede cuando las malas pasiones se escitan contra un enemigo, cuya superioridad se siente institutivamente, este ataque no fué leal, y la fuerza material manifestó desde el primer golpe su debilidad y su degradacion no teniendo vergüenza de ir á buscar sus armas en los odiosos arsenales de la calumnia, de la injuria y de la delacion. Mas bien que un combate fué una requisitoria y un llamamiento á los verdugos. Los discípulos de la cruz fueron presentados como ateos, sediciosos, mágicos, visionarios y enemigos sobre todo de los dioses y del Estado. Los judíos les reprochaban haber abandonado la ley de sus padres para poner su esperanza en un hombre infamado con el suplicio, y de dar interpretaciones impías á las Escrituras. Ellos inventaban acerca de Jesus, de su nacimiento, de su condicion, de su vida, de sus milagros, mil fábulas obscenas, ridículas y absurdas. Los paganos á su turno, acusaban á los cristianos de ser gentes de la hez del pue-